
CAPILLADA 101. (49 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit Gerundios meos, non fratres, sed gerundios á secas et eum minúscula, exinstanti in quæ exeunt é gerundiano cerebro non pati mille averiarum vel mille averias, anathema sit.

Si alguno digere que mis gerundios desde el instante y punto que salen de la mollera gerundiana, no sufren mil averias, le sacudó unos tantarantánes que se ha de relamer de gusto.

CONC. 3. GERUND. CAN. 23.

GERUNDIO Y PIEDRA SUELTA NO TIENEN VUELTA.

Si tanto como desdicen las comparaciones cuando el ánimo se halla fuertemente afectado, sientan y pegan bien cuando la imaginación está fría, tibio el corazón, y la razón cabal, yo (suple *Fr. Gerundio*) debo estar abo-

ra en buen temple para hacer comparaciones. Porque no solo tengo en estos momentos fria la imaginacion, sino tambien los pies. La imaginacion, porque no sé yo quien la tenga tan fosfórica que tocándole un rato que puede aprovechar en ir á las Córtes á oír los silogismos del Sr. Ballesteros que empiezan siempre con una pregunta, y la definicion de *escala* dada por el Sr. Pardo Montenegro, que dice asi: «por escala se entiende ascender sin saltar, sin dar brinco, sin dar saltos» (y cuidado que el hombre debe ser aficionado á saltar, porque en tres minutos pegó tres saltos y tres brinco): no sé yo, digo, quien tenga una imaginacion tan sulfúrea que en lugar de encendérsele con semejantes discursos, no se le escalofrie y le tire. Y los pies, porque vengo de hacer una visita de etiqueta, y aunque los llevaba ya frios en bastante grado, hubiera faltado al tono de la buena sociedad si no volviese yerto y dando diente con diente; porque hubiera sido grosería poner los pies sobre la caja del brasero. Y asi debe ser: la persona de educacion no debe calentarse en casa ajena; la sociedad no se hizo para comodidades; el que las quiera que se esté en la suya: el hombre fino debe andar muerto de frio.

En este concepto tengo yo el honor y el sentimiento de estar siendo en la actualidad persona muy fina de los pies á la cabeza, gracias á las Córtes y á las visitas de tono.

Si ahora pues quisiera ponerme á hacer comparaciones, pondria la ceniza al mismo Bernardo de Balbuena; y llenaria la capillada de *así* *cómos* y *á la manera qué*, aunque viniese á parar en el ejemplo de un zapatero, como el Sr. Galiano en la discusion sobre presentacion de presupuestos, ó á hablar de escarabajos como Shakspeare en el célebre dráma el **MACBETH**, representado estos dias por primera vez en nuestro teatro del Príncipe, que en verdad en verdad así me sonó el escarabajo de Shakspeare en el teatro como el zapatero de Galiano en el Congreso.

A la manera pues (y aquí es donde própiamente debia empezar el artículo) que nos dicen Ovidio y Lamartine, cada uno en su tiempo y por su estilo, que cuando Dios produjo el mundo, ó le sacó del caos, ó dió forma á la materia, pegó, dicen, un puntapié (allá se vá esto con el zapatero y el escarabajo) á la gran mole, y la dijo poco mas ó menos: «anda, y gira en perpétuo movimiento por el ancho espacio, y sufre las injurias de los tiempos, etc.»

Así yo Fr. Gerundio desde el momento que sacando del caos de mi cerebro la materia gerundiana la doy animacion y vida y la constituyo en forma de capillada: «anda, la digo, vete por esos mundos de Dios, y él te muestre sus caminos, te enseñe sus sendas y dirija tus pasos conforme á su santísima voluntad. Amen.»

Desde este momento les empiezan las averías á mis capilladas. Las primeras que sufren son en la imprenta. Una mentira que tenia la caja, un descuido que padeció un cajista; una distraccion que tuvo el otro; una letra que salió al revés; otra que tiene ya el ojo obstruido; ello es que me vienen las primeras pruebas y empiezo á corregir. ¿Han visto vds. los signos de peso y medida que ponen los médicos en las recetas? ¿Conocen vds. la taquigrafía, las notas de música, las letras arábigas ó los caracteres chinos? Pues un misto de todo esto parecen las márgenes de las primeras pruebas de mis capilladas. Y ya corregidas las vuelvo á la imprenta, y de allí vuelven las segundas á la comision, á manera de proposicion mal redactada y enmendada en el Congreso, y allá retornan y van y vuelven hasta llevar la última mano de correccion, y aun así se suele colar alguna errata, como en la última, donde por

poner *Faunos* me pusieron *Fannos*, y yo no la cogí, y acaso muchos de mis lectores tampoco.

Éntreme vd. despues con el ajuste. Que sobra una plana, que sobra media, que faltan doce líneas; que hay que añadir un parrafito, que tengo que cortar un artículo.... en fin, yo no estraño que el Sr. Camaleño se apurára porque el gobierno presentase al instante á las Córtes el estado ó cuenta de ingresos y gastos, porque tengo para mí que ha de costar mas trabajo ajustar estos que los artículos de mis capilladas.

Ea: ya tenemos el número ajustado é impreso. Ya salen los repartidores distribuyendo capilladas por todos los ángulos de la corte. Para acelerar su operacion ¿qué hacen? las tiran por debajo de las puertas de las casas, dan un campanillazo de aviso y se van. Al toque de la campanilla acude la criada; hácia la puerta está un poco oscuro, y dá un pisoton al Fr. Gerundio; pero aun no lo advierte hasta que preguntando quién llama y no respondiendo nadie, se la enreda el Gerundio entre los pies, y despues de barrer con él el suelo, le coge, y arrugado y borrada la reciente tinta, se le entrega á la señorita. Esta le recorta con la tigura de la costura como quien recorta las

ondas de una guarnicion, ó á manera de recibo de administracion ó de billete de Banco, llegando algunas tijeretadas lo menos lo menos hasta el número de la página. O bien moja con la lengua los dobleces del pliego, y rasgando de repente como si fuese tela de algodón, rompe una ó dos hojas hasta la antepenúltima línea. Lo lee, por supuesto dando un salto, dando un brinco cada vez que encuentra un latín, y aun la queda su poco de sentimiento de no entenderlo. Pero cómo ha de ser! Tampoco Fr. Gerundio las entiende á ellas algunas veces por mas que las estudie, y eso que no hablan latín.

Antes de acabar de leerlo, y antes que papá vuelva de la oficina, ya suele estar el criado de la amigueta esperando por el Fr. Gerundio. Lo lleva, y desde aquel momento dá principio mi paternidad impresa á andar las estaciones y á visitar los santos lugares. Y no crean vds. que hace la visita gratuita y de limosna tan solo por las casas de los pobres, como médico pagado de los fondos de propios, sino por los palacios y casas grandes, que es hasta donde puede llegar el escándalo y la corrupcion de costumbres, que ha de haber todavía persona regular y de educacion que no esté suscrita

al Fr. Gerundio, prefiriendo la humillacion de pedirle á los amigos, que sabe Dios el trabajo que á veces les cuesta aparentar que le prestan con gusto. Asi dura la guerra: asi estamos como estamos, porque no hay moralidad, no hay delicadeza, no hay virtudes; en una palabra, aun hay personas que cenan despues de las doce y no están suscritas al Fr. Gerundio: cuando las únicas á quienes debe alcanzar la esencion son las clases pasivas, y nada mas; no señor, y nada mas. De modo que cuando dá la vuelta á casa del suscriptor, parece que ha estado prisionero de Cabrera, ó que ha hecho la guerra en el Norte y viene con destino al nuevo cuartel de inválidos de Atocha, á hacer juego con la bandera de la batalla de Lepanto.

Si es oficina ó establecimiento público, suele el repartidor dejársele al portero; pero asi llega á manos de los gefes como los memoriales que están de cuarentena en el cajon de la mesa de la portería, limbo de solicitudes y purgatorio de representaciones, á las que nunca llega ni redencion ni advenimiento. Pues señor, reclamacion al canto. «Muchacho, ve-te á la redaccion del Fr. Gerundio, y di que ha faltado hoy el de la oficina.» ¡La oficina!

¡Cuántas veces despachan las oficinas apremios á los pueblos por descubiertos de contribuciones, y les dan los alcaldes con la carta de pago en los ojos á los comisionados! Pues así ni más ni menos sucede con el apremio gerundiano, con la diferencia que hace oficios de carta de pago un gracioso caréo entre el portero y el repartidor, que como ninguno de ellos está dotado del don de infalibilidad, y cada uno se cree con derecho de desmentir al otro, ya ha pasado entre ellos alguna escena semejante á la de Isturiz y Rivaherrera, y ya se han desafiado alguna vez, que es la prueba más alagüeña y consolatoria de la difusión de las luces y de la buena moral: al menos podemos decir ya con satisfacción: «somos ilustrados y hay moral pública, porque la ilustración y la moral tienen su asiento en aquella nación en que llegan á desafiarse un repartidor y un portero.»

Pero las principales averías y borrascas las sufren *los Gerundios* que van á las provincias. Así es que cuando veo á Tirabeque con el cesto de ellos al hombro en dirección del correo, naturalmente me hago la señal de la cruz y esclamo: «Dios os guie por buen camino.» Le aseguro á vd., hermano Baldomero mio, que

no parece sino que hay un Club Jovellanista encargado de interceptar mis capilladas, porque sino no es posible que hubiera tantas faltas y reclamaciones. De poco me sirve tener siempre sobre las armas un ejército de reserva de cuatrocientos ejemplares; todos me los consumen las reclamaciones y aun no bastan. Yo imprimiria hasta cuarenta mil; pero si despues me atribuyen miras de hacerme el Dictador de los periódicos? Y si se ofrece el primero á atribuírmelas sería el periódico que mas gana tuviera de serlo, porque á estos cofrades les entiendo yo bien, y ellos deben entenderme á mí.

Hay suscritores que vienen reclamando capilladas de hace cuatro ó cinco meses con pretesto de que tienen incompleta la coleccion. Cosas de España; puestos á pedir no nos quedamos cortos. Del mismo defecto adolece el proyecto del Sr. Pita para que se cobren de los pueblos cualesquiera atrasos por contribuciones. ¡ Por el amor de Dios, señor! Yo en esta parte soy de la opinion del *Eco del Comercio*: fíjese una época desde la cual se hayan los atrasos de exigir, porque el pedir demasiado equivale á no pedir nada. Tres, cuatro ó cinco años por ejemplo para las contri-

buciones, y un mes verbi gracia para el Fr. Gerundio. Y vamos, vamos que no nos quedan pocos cupos que satisfacer á los pueblos y á mí.

Varias veces ha sucedido llegar un solo ejemplar á un pueblo en donde hay treinta suscripciones, faltando las veinte y nueve. Y todavía opinarán algunos que la falta consistió en la redaccion, como si á la redaccion le divirtiera recibir 29 cartas reclamatorias, gastar siquiera 29 minutos en leerlas, poner al correo siguiente 29 sobres nuevos, consumir otros 29 pliegos de papel y pagar otros 29 cuartos de franqueo. Pagan los pueblos sus contribuciones; y entre administradores, y contadores, y tesoreros, y oficiales, y conductores, y músicos y danzantes llegan á su destino tan esquilmanadas que es imposible alcancen á cubrir las atenciones. ¿No alcanzan, hé? Pues págala, pueblo: contribuye de nuevo y calla. Esquilmanle á Fr. Gerundio en ciertos correos sus capilladas: no alcanzan á cubrir las atenciones: pues págala Fr. Gerundio; contribuye de nuevo y calla. Pues no quiero callar, y mientras sea Fr. Gerundio he de decir que se nos está esquilmando malamente á los pueblos y á mí.

Hay interceptadores muy curiosos, así como suscritores muy ingénuos: hé aquí cómo me escribió días pasados uno de estos últimos.

«Rmo. Padre: hace tiempo que estoy recibiendo las capilladas con un correo de atraso, y lo atribuyo á que se toma Vtra. Paternidad la molestia de mandármelas muy cortaditas y cosidas. Yo desearia que Vtra. Rma. se ahorrara este trabajo, pues prefiero recibirlas á tiempo aunque sea sin coser ni cortar á tenerlas atrasadas; y á Vtra. Rma. le puedo excusar por mi parte ese entretenimiento.»

Al fin el que lee á cuenta de este pobre hermano se conoce que es mañosito y curioso y que todavía tiene conciencia.—Tambien hay administradores subalternos á los cuales se infiere que no llegan las capilladas, porque naufragan antes. Y por cierto que algunos lo llevan tan á mal y tienen tan mal genio, que uno de ellos me dijo de oficio hace dos correos lo siguiente: «Con este motivo debo manifestar á Vtra. Paternidad que los interesados determinan dar parte al gobierno en el caso de que Vtra. Reverencia no remita con toda puntualidad y á la mayor brevedad todas las capilladas que les faltan.» Al gobierno dicen estos hermanos que han de acudir. A buen santo

se encomiendan. Lo que quisiera el gobierno era que no saliesen las capilladas á ninguna parte.

Para tranquilizar mi conciencia me he tomado mas de una vez la impertinencia de recontar por mi mismo los paquetes que van al correo, y hallándolos esactamente iguales al número de suscripciones, quedaba yo tan tranquilo y satisfecho, bien persuadido que de aquella capillada no vendria una sola reclamacion. Pasaron ocho dias y vinieron por docenas. ¿Qué se hicieron? Eso no me lo preguntéis á mi; administradores ó estafeteros tiene la renta de correos que os sabrán responder. (1) Bien pueden los suscritores añadir á sus oraciones diarias la de S. Anton, abogado de capilladas perdidas. Otro remedio yo no encuentro.

Entreme vd. con las quemas en que suelen divertirse de cuando en cuando los facciositos. Si yo pudiera enviar cada capillada con una

(1) Repito lo que dije en otra capillada. Estoy satisfecho de la esactitud y delicadeza de muchos de ellos; pero otros.... voto á cribas que me tienen hasta aqui. En la redaccion se pone el mas escrupuloso esmero, como que es la mas interesada en que no haya faltas, y podra, lo confieso, tener uno ú otro descuido; pero centenares de ellos cada correo.... eso ni sucede, ni es creible. Quemaria la capilla y los hábitos primero que tal sucediera. Luego en otra parte está el duende.

escolta siquiera como la que fue á entregar á los facciosos de la Mancha los diez mil pèsos de marras (en este momento estoy dedicando un afectuoso recuerdo á mi amigo el duque de Frias) para rescatar al hermano Anglona, lo haría de muy buena gana. ¡Si pudiera á lo menos distraer la fuerza de carabineros de hacienda para escoltarlas, como el intendente de Salamanca para que acompañen á su esposa, ya que yo no tenga mas esposa que mi capilla! Pero no pudiendo ni lo uno ni lo otro, ¿*quid faciendum*? Y si me queman 300, ó 400 capilladas, y me escriben otras tantas cartas de reclamacion, ¿creen los hermanos reclamantes que las tendré yo de repuesto como si supiera de antemano que aquellas habian de sufrir la hoguera de la inquisicion? Por Dios, señores, esto es acabar con un pobre padre.

Largo y longisimo ha salido este artículo; pero paciencia, hermanos: vosotros mismos le habeis provocado, porque quizá no haya un suscriptor que no me haya instado á hablar sobre faltas é interceptaciones de capilladas. Hasta aqui callé: hoy hablé demas. Soy español, y los españoles siempre hacemos las cosas por estremos.

LA VÍRGEN DE ATOCHA.

Antes de ayer tarde se verificó la traslacion de N. Sra. de Atocha desde la iglesia del ex-convento de Santo Tomas, hoy cuartel de M. N. (*eme* y *ene* mayúsculas con un punto cada una en tiempo de gobierno libre quiere

decir *Milicia Nacional*; no sea que alguno vaya á leer *Manuel Nuñez*) á la de su ex-convento de Atocha, hoy cuartel de inválidos. Todo esto es histórico; y respondo. Qué causa haya movido á la buena Señora á dejar los nacionales y agregarse á los inválidos, yo no lo sé: mucho mas ahora que segun el discurso del trono á las Córtes se va nada menos que á *perfeccionar* la milicia. Pero yo creo que la *Virgen* se fia poco de las buenas palabras del gobierno, y si hemos de juzgar por hechos, el golpe de antes de ayer tiene el caracter de un voto de censura, y prueba poca confianza en la palabra *perfeccion* de la milicia. Y no la falta razon: en esa parte la *Virgen* de Atocha y Fr. Gerundio opinamos del mismo modo. Ahora, si el plan de la *Virgen* no ha sido político sino filantrópico, y ha querido favorecer y proteger mas de cerca el nuevo establecimiento de los infelices inválidos inutilizados en esta cruda guerra, eso es mas loable, y yo aseguro que no la faltará que hacer, porque segun el paso que va llevando la guerra, el establecimiento que mas tiene que aumentarse es el de inválidos.

La concurrencia, á pesar de estar la tarde nebulosa y fria, fue numerosa y lucida, como que asistieron todas las autoridades y corporaciones principales de la corte; sin embargo decia Tirabeque que en Madrid no sabian hacer procesiones. Le chocaba ver los que llevaban los estandartes y pendones muy armados de capa, de manera que parecia que llevaban dos pendones, uno en la mano y otro en los hom-

bros. Es verdad que hacia frio; pero con frio y todo habian visto á S. M. la Reina Gobernadora ir en carretela abierta; y sobre todo, en una procesion de tono ir de capa los que llevan los pendones, mangas y demas insignias parroquiales, eso no lo hacen en Campazas ni en Carabanchel de abajo. La procesion iba dividida en trozos ó jornadas como las piezas teatrales, ó en campañas como la guerra; y en cada claro que se advertia daba lugar á hacer una representacion tan larga como la de Luchana. En medio de las filas, y entre las personas de mas categoria, se veía una muger con su niño en brazos, una velita de dos onzas en la mano y un pañuelo de tres reales en la cabeza en lugar de mantilla. ¿Qué te parece de este contraste? le dije á Tirabeque.—Señor, me respondió, eso es como si á la bota fina del Sr. Galiano la echára su zapatero un remiendo viejo y tosco.

Antiguamente ; qué de comunidades de frailes iban en las procesiones! En ésta en vez de frailes iban los pobres de S. Bernardino, los del Hospicio, los desamparados y los doctriños. Antes había comunidades de dominicos, franciscanos, mercenarios y agustinos; las comunidades de ahora son de desamparados y espósitos. Las procesiones de antes eran de *frailes*, las de ahora son de *pobres*.

Quien mas ganó en esta procesion ¿quién dirán vds. que fue? Pues pásmense vds.: fue Mendizabal; que segun me informaron (no sé si me engañarían), la corona de la Virgen era la misma que decian malas lenguas habia des-

tinado el hermano Juanito allá en tiempos á objetos nada virginales. Si así es, la procesion del domingo fue notable por dos coronas; una que llevaba la Vírgen, y otra que se puso á Mendizabal.

Al llegar al establecimiento me decia Tirabeque: diga vd., señor; el director de este establecimiento será algun abogado?—Hombre, no es regular: porque es mas propio del instituto que sea algun anciano y respetable gefe militar; así como el director de un hospital deberá ser un médico acreditado; el de un colegio de teólogos un eclesiástico virtuoso, y así de los demas. ¿Por qué hacias tu esa pregunta, hombre? Porque no veo yo que ahora pueda venir al caso.—Señor, no la hice por falta de misterio: y crea vd. que cunden tanto los abogados por todas partes, que témome que no ha de haber directuría ni escribentía que no esté desempeñada por un abogado.—Pero ¿qué al caso viene ahora....?—Señor, déjeme á mi; y ahora escuche el Te Deum que están cantando en la iglesia.

Hubo pues las demas solemnidades que se deben suponer, y cuya descripción no cabe en esta capillada. A la vuelta le dije á Tirabeque: vamos, Pelegrin; ¿cuál es lo mas notable que has visto en esta concurridísima y solemnísima procesion?—Señor, voy á decir á vd. Lo mas notable para mí en esta concurridísima y solemnísima procesion es, que no quisiera mas que tener tantas onzas como personas se vuelven sin rezar una salve á la Vírgen.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.